

criticada, puesta en desuso y vuelta a usar. Igualmente pasa con los términos *hogar*, o *grupo doméstico*, que son a veces empleados como si fueran sinónimos de la palabra *familia*. La misma autora ya apuntaba en esta dirección al escribir: "Cuando las manifestaciones tipificadas por la cultura no se demuestran, puede decirse que tampoco hay familia, en el sentido social, aunque existan los lógicos lazos de consanguinidad y afinidad".



Por funcionalismo se entiende, en este caso, el "conjunto integrado de roles" que se expresan en un "respaldo de naturaleza afectiva, económica, social y en la responsabilidad y control de las acciones". Vemos en este punto un énfasis en las funciones positivas de ayuda entre los miembros de la familia. El argumento de que la familia es "funcional" viene de la época de las teorías de Malinowski. Según esta perspectiva, la familia nuclear es una institución universal porque cumple con la *función* de suplir la necesidad de la crianza de los hijos. Por esta simple razón, la familia tiende a ser vista como inevitable e inmutable. Por otro lado, la influencia del funcionalismo se nota en el uso constante e indiscriminado de términos como "los roles de la mujer" o del hombre. Estos términos asumen el destino irrevocable y obligatorio y las jerarquías que tienen los integrantes de la familia, las diferencias en el poder de las mujeres y los hom-

bres, y la presencia de conflicto doméstico. Por esto, la familia es vista como una institución que funciona suave y perfectamente en el orden social establecido, olvidando que está cambiando constantemente, no sólo en cuanto los roles y el número de integrantes, sino en la adaptación frecuente a los cambios más amplios que ocurren en la sociedad. En este sentido, las tipologías enmarcadas dentro de complejos culturales no nos son de gran utilidad cuando, por ejemplo, se hacen análisis sobre la toma de "decisiones reproductivas". Mirar esto a nivel regional, oscurece el papel del gobierno, la Iglesia y las entidades internacionales sobre el control de las capacidades reproductoras de la mujer. Por otra parte faltaría ver la relación que existe entre los tipos de familia, el acceso a recursos como la tierra, el empleo, o los medios de producción, ya que la organización social, económica y política del país también ayuda a determinar el tipo de familia que se encuentre localmente.

Ningún grupo familiar ni ninguna otra institución social pueden ser vistos solamente desde el punto de vista de su estructura y de la función que tengan para los individuos que los conforman. El estudio de la familia debe estar enmarcado en el ámbito histórico y sociopolítico del país. Hay que identificar y tener en cuenta una serie de factores sociales que determinan el tipo de familia y el comportamiento de sus miembros. Por ejemplo, las normas culturales y las presiones sociales que existan, las tradiciones y sobre todo los imperativos económicos y productivos. A algunas de estas cosas ya apuntaba este volumen, y otras fueron desarrolladas por doña Virginia en su larga lista de trabajos posteriores.

Vale la pena mencionar que en esta investigación la familia no se presenta, como se tiende a hacer con mucha frecuencia, como la fuente de una serie de problemas sociales que van desde el sicariato y otros tipos de delincuencia, hasta las enfermedades mentales y la drogadicción. Éste es un amplio retrato de la fa-

milia colombiana en un momento histórico determinado. Un trabajo que deben conocer aquellos que se interesen por el devenir de la familia en un momento de retos y de cambio.

PATRICIA TOVAR

Antropólogos posmodernos descubren los prejuicios de la historia

Memorias hegemónicas, memorias disidentes. El pasado como política de la historia

Cristóbal Gnecco y Marta Zambrano (comps.)

Ministerio de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología e Historia (Icanh), Universidad del Cauca, Bogotá, 2000, 349 págs.

Este texto recoge trece artículos, escritos principalmente por antropólogos, y forma parte de la colección *Antropología en la Modernidad*, impulsada por el Icanh. De entrada, el subtítulo del libro nos habla sobre la perspectiva que comparten la mayoría de los textos: la dimensión política de las prácticas históricas. Esta afirmación retoma la vieja sentencia sobre el poder y la necesidad que tienen los vencedores de imponer su versión de la historia. Sin embargo, el problema va más allá de las historias que han construido los imperios, los Estados y las revoluciones. Se trata de la función social que cumplen las prácticas históricas en diferentes contextos sociales y culturales. De por medio está, también, el papel de los saberes históricos y aquellos que los administran, en los procesos de construcción del pasado.

El distanciamiento de los autores de la visión historiográfica clásica, cada vez menos imperante en los círculos académicos, es evidente. Le-

jos de pensar que “la historia es el simple paso natural del tiempo y los historiadores sus notarios objetivos” (pág. 17), este conjunto de autores se mueve allí donde el pasado se muestra como producto de ciertas prácticas sociales y culturales, ancladas en el presente, en sistemas simbólicos y en relaciones de poder particulares. Así mismo, una característica común a varios de los artículos dan por hecho una distinción entre memoria e historia, “entre lo que los colectivos recuerdan y entre lo que los textos —escritos, orales, visuales y arquitectónicos— de los constructores de historias les dicen que deben recordar” (pág. 13).



Esta posición conlleva, a su vez, continuos desplazamientos de la mirada hacia otras formas de inscripción de la memoria, diferentes de las que tradicionalmente han sido utilizadas por los historiadores (la escritura y la oralidad, eventualmente). A lo largo de los textos aparecen el cuerpo, las emociones, el territorio, la arquitectura, el paisaje, procesiones y prácticas colectivas, como “poderosos continentes y superficies de inscripción de la evocación y de la reflexión retrospectiva” (pág. 19).

Los primeros artículos se ocupan del vínculo entre historia e identidad o, mejor, entre los procesos identitarios y la movilización de la memoria social. El caso de los paeces y los guambianos, abordado por Gómez y Vasco respectivamente, nos muestra cómo los movimientos indígenas de los años setenta y ochenta de la región enfocaron su lucha hacia la recuperación de tierras, puesto que

allí está inscrita su historia, y ésta constituye uno de los elementos definitivos para darle sentido a su alteridad. Entre estos grupos indígenas el territorio se despliega como un texto para ser leído. Más allá de “reconstruir” su memoria per se, ésta se constituye en un instrumento para enfrentar problemas del presente. La invención de una “historia propia” que no sólo otorgue legitimidad a sus luchas políticas, sino que promueva, desde un nuevo lugar de enunciación y en distintas direcciones, una resignificación, una “nueva simbolización”, de la imagen del indio construida por los cronistas y reelaborada hasta principios del siglo XX en los discursos e historias oficiales. Ésta fue la labor que asumieron los intelectuales, comuneros y líderes políticos que estaban vinculados al movimiento indígena colombiano, tal como Espinosa y Escobar lo exponen en su artículo “El papel de la memoria social en el cambio de imaginario político local y nacional, Cauca 1970-1990”.

Por su parte, Hoffman, en su texto sobre las movilizaciones identitarias de afrocolombianos en el Pacífico, comienza a introducir de forma explícita el problema de la instrumentalización del pasado. Sus análisis muestran de manera contundente cómo los procesos de “reconstrucción” identitaria acuden a la memoria como fuente primera de legitimación: “La memoria histórica es consubstancial con la identidad étnica y con su expresión política: la etnicidad” (pág. 98). Sin embargo, el mismo autor reconoce que ese pragmatismo no responde a una instrumentalización “maquiavélica” de la memoria, sino que más bien “traduce el estado de las fuerzas sociales y las interacciones entre los distintos actores que no disponen de capitales (cultural, social, político, territorial) equivalentes” (pág. 116).

Paradójicamente, estos grupos sociales resignifican y se apropian de los discursos y dispositivos hegemónicos y académicos, para construir su propia versión y visión de la historia, así como su identidad. Como bien lo ha señalado Rappaport,

refiriéndose a una situación común a los pueblos indígenas de América, en su trabajo pionero *The Politics of Memory*: “Para ellos [los indígenas], la historia constituye una fuente de conocimiento sobre la forma como fueron subyugados y sobre información relativa a sus derechos legales, así mismo, ésta marca los inicios de una nueva definición de sí mismos como pueblo, y sirve como modelo para fundamentar nuevas estructuras nacionales”¹. La escritura misma fue y sigue siendo uno de los instrumentos fundamentales que utilizaron los sujetos subalternos para interpelar las versiones “oficiales” de los hechos y acontecimientos, un medio de dominación colonial que pasó a ser un vehículo de insubordinación.



El uso intensivo de la escritura llevado a cabo inicialmente por el poder imperial es explorado de diferentes formas por Guido Barona y Marta Zambrano. Barona llega a plantear que “la experiencia del Nuevo Mundo comenzó a ser tal desde que fue narrada” (pág. 141). Los cronistas de Indias cumplieron la labor de elaborar la memoria imperial, con sus plumas dibujaron el horizonte de sucesos históricos, establecieron, según los códigos culturales y los intereses políticos vigentes en la época, el límite entre lo que puede y debe ser recordado y lo que no. En este sentido, es claro que no hay memoria sin olvido y viceversa. Todo “régimen de memoria”, para usar el término de Zambrano, incluye mecanismos que silencian otras voces, otras historias y otras memorias.

Partiendo de trabajos pioneros como el de Angel Rama, Zambrano destaca la forma en que el riguroso y continuo uso de lo escrito por parte de la administración colonial, "expresaba la determinación por codificar el comportamiento, recolectar información, controlar la memoria y producir conocimiento" (pág. 156). Así como el discurso legal del Estado sirvió para establecer un régimen de verdad, en sentido foucaultiano, la retórica legalista se convirtió en el lenguaje obligado para aquellos súbditos que deseaban establecer un diálogo con el Estado, diálogo que suponía la posición de súbditos de los remitentes. La escritura era el lenguaje del poder. A pesar del restringido número de letrados, los iletrados se vieron obligados a regirse por lo escrito, pues allí se prescribía su función social, al igual que sus deberes y derechos.



Por otra parte, la propuesta de Gnecco explora a fondo la conceptualización de la historia como tecnología de domesticación de la memoria social. Esta propuesta permite apreciar en toda su complejidad los vínculos que unen los procesos de construcción de historia con los procesos de construcción de identidad. La perspectiva escogida por Gnecco presenta algunas diferencias con respecto a los planteamientos iniciales. Por una parte, ejemplifica la domesticación de la memoria social como un elemento implícito en el proyecto moderno de conformación del Estado-nación y de la respectiva identidad nacional, su expresión simbólica. En este contexto, adquie-

ren valor y utilidad política disciplinas como la arqueología, a las cuales les corresponde la proyección hacia el pasado de una comunidad imaginada en el presente, apelando a diferentes dispositivos, entre los que sobresalen la puesta en escena dentro de los museos de sus colecciones y "conocimiento": en esos espacios se hizo visible la "domesticación de la diferencia al hacerla aparecer como parte constitutiva de la identidad nacional" (pág. 178). Y, por otra parte, además de confirmar que el interés por el pasado es inseparable de las necesidades políticas del presente, nos muestra los procesos de domesticación de la memoria social, dentro de grupos indígenas, a través de las historias construidas por intelectuales nativos de las comunidades páez, guambiana y yanacona.

El caso específico de los yanacunas es abordado en profundidad por Carlos V. Zambrano, producto de su investigación sobre el movimiento social que se propuso llenar de contenido y significado el término *yanacuna*, acuñado en 1990 por uno de los líderes del movimiento a partir de su lectura de un texto de Juan Friede. A Zambrano le preocupa el problema de la recepción e interpretación social del conocimiento "experto" producido de acuerdo con criterios netamente académicos, las relaciones que establecen los líderes de los movimientos de reindigenización con los saberes expertos y que determinan los usos sociales del conocimiento sobre el pasado. Los resultados de las investigaciones arqueológicas y antropológicas son inevitablemente arrastrados en los procesos de construcción social de sentido, donde los datos y objetos son incorporados en la medida en que sirvan para simbolizar la identidad en proceso de construcción. En última instancia, las disciplinas históricas y antropológicas terminan influyendo y configurando su objeto/sujeto de estudio en formas inesperadas. De esta manera, los historiadores, arqueólogos, antropólogos y etnohistoriadores son "tan sujetos de la historia —tan constructores de

sentidos históricos— como los mismo sujetos que investigan" (pág. 17).

Nada mejor para abordar las condiciones sociales de producción, circulación y consumo del conocimiento del pasado que la experiencia de Serna y Pinilla durante el montaje de un museo local encargado por un adinerado y prestigioso esmeraldero de Muzo, en medio de la crisis esmeraldífera. La experiencia de pensar y montar el museo los llevó a reconocer los imaginarios "populares" que ya se tenían sobre el pasado, así como versiones locales sobre lo "museístico" y lo "museable", inscritas en las condiciones de funcionamiento de la misma comunidad local. En este contexto, sus reflexiones dejaron de remitirse sólo al pasado, y la propuesta desembocó en un escenario polifónico, que se sustentó en "la función social presente de los objetos del pasado" (pág. 249) y en un cuestionamiento de la autoridad de la arqueología sobre el pasado y su significado.



El libro termina con tres artículos, dos de los cuales se ocupan de diferentes formas de producción de la memoria social y de construcción de sentido de la historia, en la Bogotá del siglo XIX y de principios del XX. El texto de Óscar Salazar explora las relaciones entre lo oral y lo escrito, así como sus funciones y usos sociales, en el barrio Villa Javier, dentro del proyecto de "comunidad ideal" del padre Campoamor, materializado en la creación del Círculo de Obreros en 1911. Estas

relaciones entre ambas tecnologías de la palabra involucraron relaciones de poder, transmisión de ideas y, de forma paralela, mecanismos de resistencia y de desviación de las normas. Todo esto condicionó "la manera de hacer memoria de lo vivido en el futuro" (pág. 281).



Si bien en el artículo de Salazar se dejan entrever algunos elementos que utilizaron las elites modernizadoras religiosas para darle vida a su proyecto, como la renovación y cuidadosa planificación de los espacios urbanos; el texto de Rawitscher propone una relectura del paisaje urbano del centro de Bogotá, enfatizando que "desde mediados del siglo pasado la conformación física de Bogotá ha sido un escenario contundente de formulación de modernidad. Las huellas del proceso aún se observan en la ciudad" (pág. 311). A través de la construcción de casas con estilos y símbolos que lograban "plasmarse" cierto sentido de modernidad, las clases altas de la ciudad intentaban distinguirse de las demás, y así mantenerse en la cima de la estructura social y económica. Al mismo tiempo que expresaban una versión local de la modernidad.

El artículo que cierra el libro se mueve dentro de los espacios que han dejados abiertos los demás autores, pero esta vez no son comunidades y grupos étnicos los que se preguntan por su historia e identidad; es el sujeto "mismo", una ex guerrillera que se pregunta por su trayectoria por aquello que la hace ser ella y, haciendo uso de diferentes técnicas, se propone construir su

memoria autobiográfica. El fin último es apropiarse del empoderamiento que posibilitan estas construcciones discursivas, exigiendo la reparación a la "doble exclusión de ser insurgente y mujer" (pág. 326). Este texto de María Eugenia Vásquez demuestra que la memoria considerada como construcción social se convierte en un campo de confrontación política. Su autobiografía cuestiona esas historias oficiales en que "los otros aparecen en papeles secundarios o desaparecen por efecto del silencio como parte fundamental en las políticas de la memoria oficial" (pág. 328).

La pertinencia de este libro en un país como Colombia es evidente; además de que presenta una versión local de los debates de fin de siglo que giran sobre las políticas de la memoria y la representación, nos da luces sobre procesos sociales bastante amplios y complejos que tienen consecuencias prácticas en la vida cotidiana de miles de personas. No es gratuito, entonces, que en el Plan Nacional de Cultura, recién presentado por el ministerio del ramo, uno de los tres grandes campos de acción que se proponen sea el de memoria y creación.

ESTEBAN ROZO

1. Joanne Rappaport, *The Politics of Memory. Native Historical Interpretation in the Colombian Andes*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

Una guerra fallada

Las drogas: una guerra fallida. Visiones críticas

Álvaro Camacho Guizado, Andrés López Restrepo, Francisco E. Thoumi Iepri (UN), Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1999, 206 págs.

Desde mediados de la década de los setenta, comenzaron a aparecer los primeros traficantes de marihuana. El lugar de origen y de habitación

de estos "nuevos ricos" era, por lo general y preferiblemente, la costa Atlántica colombiana.

Por la cercanía con el mar Caribe y con los cultivos de la planta en las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta, los primeros narcotraficantes que se conocieron vivían en Riohacha, Santa Marta y Barranquilla. Era la época de la bonanza "marimbera".

Sin embargo, a finales de los años setenta, otra era la bonanza que venía desplazando al negocio de la marihuana: la cocaína. Con una estructura criminal más organizada, el tráfico de cocaína se convirtió, desde principio de los años ochenta, en el nuevo y más provechoso negocio para los criminales.



Finalmente —aunque este *finalmente* es en sentido bastante figurado—, ya en los noventa e incluso en las postrimerías del decenio anterior, el narcotráfico tenía tal magnitud económica que no tardó en confundirse con la violencia y con la corrupción.

Las instituciones colombianas, desde fines de los años setenta, ya comenzaban a atacar esta rampante modalidad criminal. Pero no fue hasta mediados de los años ochenta, por la presión y el apoyo de los sucesivos gobiernos estadounidenses, cuando Colombia se comprometió a curarse del cáncer del narcotráfico. La cura propuesta para dicha enfermedad fue la guerra. La guerra contra las drogas.

Pues bien: ése es el tema del libro que se reseña: la guerra que ha venido dividiendo y matando colombianos durante ya más de dos decenios.